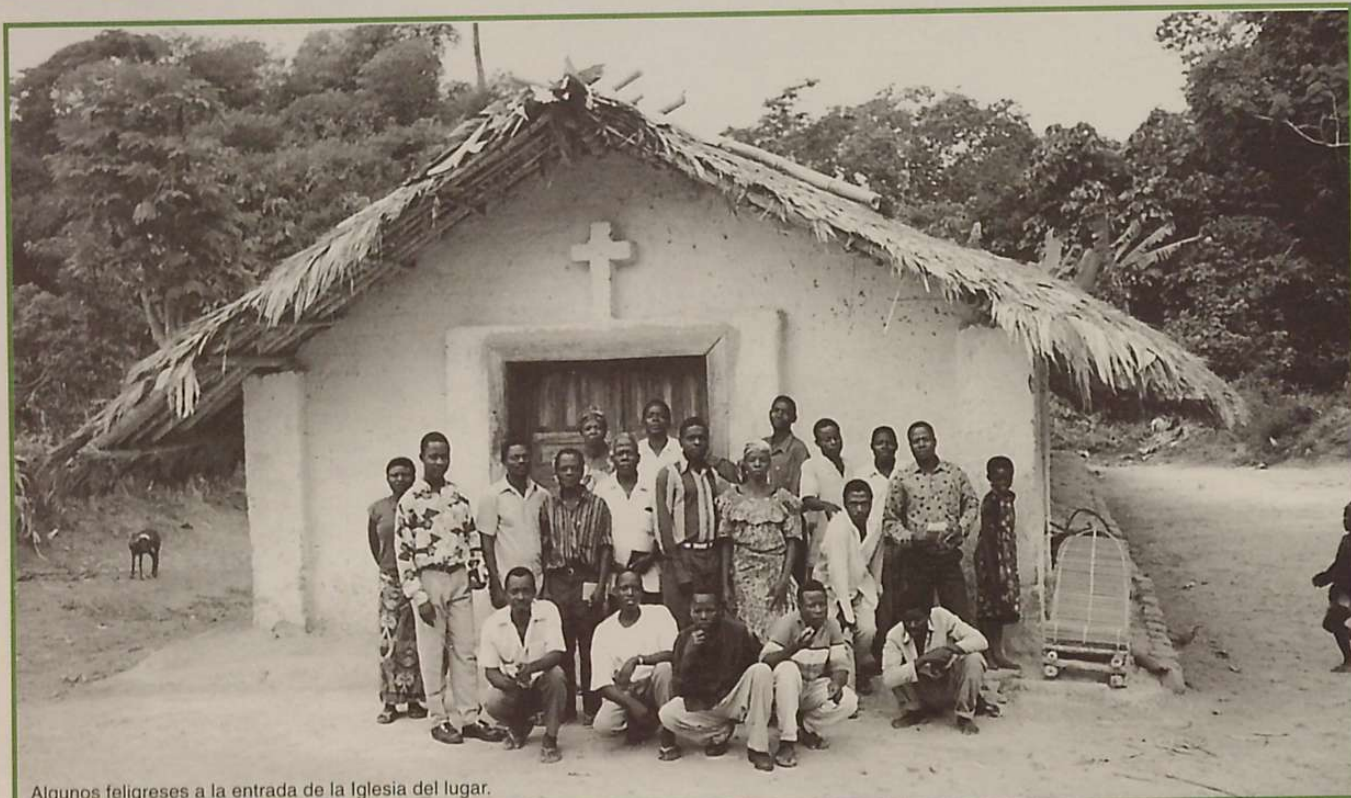


RELATO DE MI ESTANCIA Y VIVENCIAS EN ZAIRE

Manuel Osa Labrador



Algunos feligreses a la entrada de la Iglesia del lugar.

(27-Oct.-96) " La situación empeora día a día. Los militares que llegaron hace una semana de Kinshasa, nos están haciendo la vida imposible. Estos, que mayoritariamente se pueden caracterizar como indisciplinados y sin sueldo, en lugar de cumplir la misión por la cual fueron enviados a Bukavu -defendernos del ataque tutsi- se aprovechan de su condición y de sus armas para robar, además de maltratar a la gente más sencilla y sembrar el pánico en la ciudad. Se han apropiado de todas las carreteras, han robado todos los coches de los distintos organismos y han puesto barreras por doquier. En este momento, es casi imposible desplazarse sin correr riesgo. Se oyen disparos aislados a cualquier hora del día. Sabemos que se trata de los militares que andan borrachos de aquí para allá haciéndose notar. Los habitantes de Bukavu han decidido quedarse en sus casas. Tienen miedo de ser agredidos.

La situación también es difícil para todos nosotros, los misioneros. Por nuestra condición de extranjeros no estamos exentos de peligros. Las distintas comunidades

religiosas de Bukavu han recibido ya varias veces la visita de estos personajes incalificables.

Hoy nos ha tocado a nosotros vivir una hora bastante tensa. Dos de estos militares han llegado a nuestra casa en un vehículo, evidentemente robado, hacia las cuatro de la tarde. En un principio decían necesitar gasolina para su automóvil, pero al entrar dentro del recinto de la misión las cosas han cambiado por completo. Nos han obligado a darles todo el dinero que teníamos y algunos objetos de valor. Han pasado de habitación en habitación mirando lo que más les podía interesar, forzándonos a abrir cada una de las puertas. Manolo, un compañero, y yo hemos intentado hablar con ellos, calmarlos, convencerlos de que lo que teníamos era únicamente para el bien de la gente. Uno de ellos parecía drogado, no atendía a razones. Nos amenazaba con gritos pidiéndonos más y más cosas.

Finalmente se han marchado. Se han llevado bastantes de nuestros bienes pero, en esta situación, no nos inquieta demasiado. Lo importante es que estamos todos bien. "

Episodios como éste se han ido repitiendo en Bukavu durante el conflicto. Han sido momentos duros en los que hemos temido por nuestras vidas y por las de nuestros amigos. Pero estos sucesos, por desgracia, han seguido y siguen repitiéndose en este momento en otras partes del país. A esto se añade la tragedia que azota a cientos de miles de refugiados rwandeses, muchos de ellos asesinados metódicamente por los rebeldes tutsis y otros perdiendo la vida en un éxodo sin destino. Mientras tanto nuestros países que se dicen civilizados, bien al corriente de lo que ocurre, pierden el tiempo en reuniones sin final, haciéndonos ver el poco interés que tienen en este conflicto que les está costando la vida y el destino a tantos inocentes.

En definitiva, no me he puesto a escribir estas líneas para contaros solamente calamidades. Mi vivencia con el pueblo zaireño también comprende un año lleno de aspectos muy positivos.

UNA CIUDAD CAOTICA

Llegué a Bukavu en Septiembre del 95. Bukavu es una grande y bella ciudad situada a orillas del lago Kivu, cercana a la frontera de Rwanda y Burundi. Antiguamente, en el tiempo de la colonización belga, fue considerada como la joya de la región. Oyendo esto uno se queda impresionado de su aspecto actual. Sus calles sucias y descuidadas, sus edificios mitad derruidos, sus carreteras llenas de enormes baches, las "oficinas" de la administración sin muebles, con manojos de papeles desordenados y amontonados sobre unas viejas estanterías, los hoteles de una presencia pésima ... y así podríamos seguir enume-

rando sin parar. Los viejos misioneros explican que esta ciudad era la más bonita del contorno pero que ellos han podido ver con dolor su declive, poco a poco, igual que tantas cosas en el Zaire. Y es que la ciudad sufre las consecuencias de un país caótico, sumido en un total desorden. La administración padece el abandono de un gobierno corrupto, la sanidad subsiste malamente gracias a los organismos extranjeros, los centros de educación, olvidados por Kinsasha, se encuentran en manos de la diócesis, el aparato judicial se ha convertido en una fuente constante de injusticias ... Y en medio de todo este mare magnum la gente no tiene más remedio que "buscarse la vida" como puede.

En aquellos primeros meses, ¡había tanto por hacer!, y yo me sentía tan pequeño, tan impotente...

La mendicidad es otro de los males de esta sociedad, y me impactó mucho cuando llegué. Cientos de mendigos están repartidos por toda la ciudad. En su mayoría mujeres y niños sin recursos para vivir, que extienden su mano buscando una ayuda. No tienen trabajo ni modo de ganarse la vida. El número se ha duplicado o triplicado con la llegada de los refugiados hutus venidos de Rwanda en 1.994. Niños de la calle en su mayoría huérfanos, perdidos en un mundo que no les comprende. Niños que difícilmente llegarán a tener un futuro digno, si alguien no se acaba ocupando de ellos.

En aquellos primeros meses yo observaba asom-





El tipo de casa y la vestimenta de esta familia, denota una posición social acomodada.

brado, e intentaba digerirlo todo y no desanimarme. ¡Había tanto por hacer!. Yo me sentía tan pequeño, tan impotente.

Unas semanas después de nuestra llegada, Fausto, un Padre Blanco italiano, nos propuso participar en una fiesta que se había organizado para los niños enfermos del hospital de Bukavu. Reconozco que fue chocante ver a todos aquellos niños, muchos de ellos con enfermedades incurables, a pesar de ello, llenos de vitalidad, siguiendo las canciones y los bailes de los cuidadores. Pasamos una tarde fuera de lo corriente. En cuanto a mí, el desconocimiento del idioma me impedía comprender lo que estaba pasando a mi alrededor, pero me sentía contento de poder participar de la alegría de estos pequeños.

UNA GENTE POBRE, PERO ALEGRE Y ACOGEDORA

BURHIBA ha sido la parroquia que me ha acogido durante mi estancia en Zaire. Está situada en las afueras de la ciudad, sobre la ladera de una colina, a cinco minutos a pie de la carretera que conduce al aeropuerto. Es justo en este punto en el que se asienta un mercadillo, donde la gente del lugar vende y compra los productos típicos del país. El mercado se compone de pequeños puestos de pescado, carne, verdura y otros. Cientos de personas se distri-

buyen entre los distintos puestos, regateando precios, intentando hacer un buen negocio. A la noche el suelo quedará lleno de suciedad, sin ningún servicio de limpieza que se encargue de limpiarlo, si no es el agua de la lluvia, afortunadamente frecuente en esta región.

La gente de Bukavu es muy pobre, pero sabe compartir aquello que tiene.

Los habitantes del lugar son, en su mayoría, agricultores, pero muchos de ellos no tienen una tierra donde cultivar. -La ciudad tiene sus ventajas pero también sus exigencias-. Sus viviendas se agolpan las unas con las otras en un completo desconcierto. Casa hechas de cañas y barro, cubiertas con placas oxidadas de metal. De entre ellos, los más ricos, podrán añadir algo de cemento al barro, y así dar mayor solidez a la construcción. En general son unas viviendas muy pobres pero siempre acogedoras para el visitante. Lo sé por experiencia. Los zaireños me han recibido siempre genial, sin importar la hora que fuese. La mayoría de las veces era invitado a una botella de Primus (la cerveza del lugar), o a un plato de Ugali -una pasta hecha con harina de manioca- con la verdura del lugar, el Sombe o la Lenga-lega. La gente de Bukavu es muy pobre pero sabe compartir aquello que tiene.

La fiesta es muy importante para ellos. La situación de pobreza y la necesidad de una lucha constante para vivir, hace que para ellos la fiesta sea doblemente alegre. Cualquier motivo, cualquier excusa, si la situación económica lo permite, es buena para celebrar algo. Todos los asistentes pondrán de su parte para satisfacer el estómago y el ánimo de todos.

La música y los bailes no faltarán. Desde el más pequeño hasta el más anciano participarán en el baile. La bebida jugará también un gran papel. Los bidones de kasiks o vino de palmera y el kanyanga, una especie de orujo, pasarán de mano en mano para satisfacción de todos.

venta en algún mercado o su taller de reparación. Otros trabajarán como peones en los almacenes de ricos comerciantes, como funcionarios de la administración, reparando coches en plena calle, o en la construcción. Otros tendrán la suerte de trabajar en las fábricas de Bukavu regentadas por europeos: la de cerveza y la de medicamentos. Y el resto, la mayor parte, deambularán intentando encontrar el modo de ganar algo de dinero que llevar a casa.

También hay pescadores entre los habitantes, pescadores del lago. Ese lago que resulta tan estéril en peces. El motivo, dicen, es una acumulación de gas que se encuentra en el fondo y que escapa en



Día de Año Nuevo, Manuel Osa con un grupo de niños.

EL TRABAJO

Temprano, todavía sin amanecer, un buen grupo de mamás con sus pequeños dejarán sus hogares e iniciarán una gran ruta que les conducirá a los campos. Tendrán que alejarse de la ciudad, caminando de 10 a 20 Km., para poder cultivar sus campos de manioca, sombe o arroz. Harán su trayecto con el niño más pequeño a su espalda rodeándolo de un trozo de tela que le ajustará al dorso. De la mano, normalmente, irá otro de los pequeños que ya podrá ayudar en las tareas más elementales del campo. Antes de salir, la mamá habrá alimentado a sus pequeños con las sobras de arroz o ugali del día anterior. Pasarán toda la mañana en sus campos.

Los hombres en cambio se quedarán en la ciudad. Algunos tendrán su pequeño comercio, su puesto de

pequeñas cantidades al agua haciendo difícil la vida animal.

Entre los jóvenes, los más afortunados, asistirán a algún instituto superior privado o a la universidad (en manos de los religiosos). Los demás intentarán, como sus padres, buscarse la vida para conseguir algo de trabajo que les ayude a pagar sus gastos y sus estudios.

Por último, los niños que asistirán contentos a la escuela. Una escuela con pupitres viejos, muy estropeados, y de muros vacíos, sin mapas ni carteles educativos, únicamente adornados con algún cartel que anuncia la cerveza del lugar.

Durante los primeros meses en Burhiba, asistí a clases de primaria para acostumbrar mi oído al swahili. Me encontraba rodeado de niños para los cuales

yo representaba un espectáculo sin precedentes. Niños descalzos y mal vestidos pero llenos de vitalidad y ganas de aprender. Niños de los que te enamoras nada más verlos. Con una pizarra y un trozo de tiza como simples útiles de trabajo, aprendían lo que eran las letras y los números y escuchaban atentos a este viejo papá, Pierre, que intentaba transmitirles con humor sus lecciones.

UNA ACTIVIDAD VARIADA Y HUMILDE

Y os preguntaréis cuál es nuestra aportación en medio de todo esto. Como podéis imaginar, las necesidades son muchas y hay varios campos de acción: la enseñanza básica, la catequesis, la formación profesional, la juventud, la salud ... Pero en la práctica nuestro trabajo se concretiza en pequeñas acciones como son: estimular las iniciativas para el desarrollo del barrio, la formación en relación a la higiene, a la maternidad, a la planificación familiar, a la lucha por la justicia, organizar campamentos y actividades juveniles, cursillos sobre la solidaridad o la democracia ... El trabajo es muy diverso porque depende de las habilidades de cada uno, pero al mismo tiempo muy humilde, por la escasez de personal.



En mi caso, yo he disfrutado acompañando a los jóvenes de la parroquia en sus diferentes actividades. Todo ello con el handicap de la lengua que tardaría bastante en asimilar. Una de mis actividades era visitar las shirikas de jóvenes (las comunidades cristianas de base). En la parroquia existían 22, agrupadas por barrios. En general estaban formadas por una veintena de jóvenes que se reunían semanalmente. La asistencia a las mismas, a la vez de acercarme a ellos, me permitía saber cuáles eran

sus inquietudes y problemas, pero también me hacían conocedor de sus proyectos y sus logros. Mi presencia en medio de ellos daba una cierta seriedad a los encuentros, un apoyo moral a todo lo que hacían. Y para mí asistir a ellas me era de gran provecho.

Más tarde comencé a dar catequesis a los más chicos. Utilizaba cuentos en swahili que yo mismo me había forzado en redactar y que intentaban dar una moraleja. Yo he apreciado especialmente este contacto con los niños zaireños. Su vitalidad y su sencillez, sus risas y jolgorios, sus preguntas de niño ...

El deporte también juega un papel importante entre los jóvenes. El fútbol es el deporte más popular. Desde muy joven, el zaireño comienza a introducirse en este deporte, dando patadas a algo que ni siquiera tiene que ser redondo. Siempre con los pies desnudos y con cierta tendencia a cometer faltas. Yo he jugado con frecuencia con ellos y os lo puedo asegurar.

Son gente buena, pero debido a la situación que viven, la actitud más cómoda es la de intentar salvarse como cada uno buenamente pueda.

Los últimos meses, estuve dando unas horas de religión en un instituto de Bukavu cercano a la parroquia. Las clases, sin luz y muy pequeñas, agrupaban a unos cuarenta jóvenes, algunos de los cuales tenían que quedarse de pie. A mis clases asistían algunos musulmanes, testigos de Jehová y protestantes, por lo cual tocábamos algunos de los problemas más habituales en su mundo: el conflicto generacional, el desarrollo, la sexualidad ... Temas de los cuales hablaban poco entre ellos, pero de un gran interés a su edad.

Los problemas en Africa son múltiples y a veces muy diferentes a los nuestros. En este sentido he notado una evolución en mi forma de pensar respecto a cómo ayudarles. Los jóvenes, por ejemplo, buscan a menudo en la parroquia una ayuda material, que solucione rápidamente su problema. Nosotros, si de verdad queremos ayudarlos, no debemos darles todo lo que nos piden. Como nos dice la sabiduría popular "No me des peces, sino enséñame a pescarlos". Porque si realmente la situación social y económica es muy pobre en muchas familias, también es cierto que existe por su parte un poco de fatalismo y falta de confianza en sus propias fuerzas. Son gente buena, pero la situación de caos del Zaire es tal, que la actitud más cómoda es la de intentar salvarse como cada uno buenamente pueda.

También he cambiado mi manera de pensar en cuanto al valor de mi aportación. Al principio creí que podría ayudarles mucho más, dada "mi procedencia

y mi situación social", pero con el tiempo, veo que me queda mucho por descubrir y que además me siento muy ayudado por ellos.

UN LUGAR LEJOS DE LA CIVILIZACION

En esta, mi primera experiencia, he tenido la oportunidad de conocer la selva del Zaire. Pasé tres meses preciosos en una misión situada en la región de Maniema. Un lugar hermoso, casi virgen de lo que llamamos civilización. Me tocó concretamente conocer la tribu de los wazimba. Gente de un carácter rudo en un primer trato, pero muy sinceros y transparentes una vez que te conocen mejor.

Muchas actividades me han ocupado durante estos meses, pero una de las que recuerdo con más cariño es el "Safari". Quizás la palabra os haga malinterpretar de que se trata. Safari, en swahili, significa viaje y para nosotros se trataba de pasar una semana fuera de la misión visitando los distintos pueblos de los alrededores. Era una experiencia muy bonita de acercamiento a la gente. Los pueblos se encontraban a 40 - 50 km. de la misión, perdidos en la selva. El trayecto lo hacíamos en moto, por senderos imposibles. Los niños nos saludaban a lo largo de todo el camino. Salían de sus casas corriendo y seguían a la moto durante unos metros sonriendo y gritando su habitual saludo "Oh-le-le!". En la selva los pueblos se sitúan a orillas del camino. Viven en poblados pequeños de 200 a 300 habitantes cada uno.

Después de la cena, salíamos al exterior de la choza y a la luz de las estrellas, se creaba una tertulia sobre los temas más dispares.

Al llegar al destino los responsables de la comunidad salían a recibirnos, nos daban agua para lavarnos y nos invitaban a beber con ellos el producto más típico del lugar, el "mayi-mayi". Niños y mayores se agolpaban alrededor nuestro. Los niños se acercaban ojeando todos nuestros movimientos y no perdían de vista la moto con una gran sonrisa en sus caras. ¡Qué espectáculo para ellos! Otros, los más pequeños, corrían despavoridos al ver por primera vez una cosa tan extraña para ellos como era un hombre de piel blanca. Durante 2 ó 3 días nos quedábamos en el poblado. Nuestra actividad consistía en visitar a las familias, enfermos, animar y ayudar en lo posible a los responsables del lugar. También aprovechábamos la ocasión para bautizar a los recién nacidos de las familias cristianas o celebrar la primera comunión. Durante estos días vivíamos en una casa como las suyas, hecha de barro y cubierta de hojas de palmera seca. Comíamos algo de arroz blanco, verdura y algo

de carne que preparaban gustosas las mujeres del lugar.

Uno de los mejores momentos era el final del día. Después de la cena, salíamos al exterior de la choza y reunidos con los responsables, a la luz de las estrellas, se creaba una tertulia sobre los temas más dispares. Una o dos veces hablamos de Europa y sus problemas, de las ciudades, de todo el avance tecnológico... Para ellos era muy difícil de imaginar. A veces, si era temprano, también venían con nosotros los niños. Casi siempre nos pedían que les contásemos un "hadisi" (cuento) y yo disfrutaba como si fuese uno más de ellos.



Imagen de la sabana entre Kasango y Mingana.

La experiencia era bonita, increíble, pero también cansada. No tenías un momento para estar solo, leer o descansar. Siempre había algunos ojos curiosos de niños que te seguían y observaban allí donde fueses. Así que, al final de la semana, tenía unas enormes ganas de volver a la misión, y poderme permitir una agradable ducha de agua fría, y un descanso que bien merecido lo tenía, lejos de cucarachas y demás insectos que nos acompañaban en cada uno de los viajes.

Como veis una experiencia algo variada y muy rica para mí. Incluso en los momentos de tensión, en los últimos meses, he descubierto diferentes gestos que me muestran a un pueblo que continúa vivo y que lucha por tener una dignidad. Sólo me queda la pena y el desconcierto por tantas personas que han perdido la vida y la siguen perdiendo en esta guerra que nadie entiende.

Este testimonio quiere agradecer a ese pueblo anfitrión zaireño, todo lo que me ha ofrecido a través de sus palabras y sus gestos de cariño, durante este periodo imborrable. Espero, si Dios me lo permite, regresar algún día, a esta tierra a la que he empezado a querer.